

LECCIONES

SOBRE LO VERDADERO, LO BELLO Y LO BUENO.

DISCURSO PRONUNCIADO

en la apertura del curso el 4 de Diciembre de 1817.

DE LA FILOSOFIA EN EL SIGLO XIX.

Espíritu del curso. — Escelencia de Descartes y de su método psicológico. — Progresos de este método en los siglos XVII y XVIII. — Dicho método es común á las diversas escuelas que nos ha legado el siglo XVIII, y constituye la unidad. — Formación natural de un nuevo eclecticismo. — Aplicación de estas consideraciones generales á los tres problemas de lo Verdadero, lo Bello y lo Bueno, que componen y constituyen toda la filosofía. — Partiendo de estas tres ideas, seremos alternativamente favorables y contrarios á Locke, Reid y Kant. — Eclecticismo y espiritualismo. — El eclecticismo es la antorcha de la historia de la filosofía, pero supone una teoría superior á él. — Esta teoría es el espiritualismo, objeto constante de todos nuestros trabajos.

Parece ser natural que cada siglo adopte los principios que sentó la filosofía del siglo anterior. Pero como seres inteligentes y libres que somos, no sola-

mente hemos nacido para continuar la obra de nuestros antecesores, sino tambien para aumentarla y aun para formar la nuestra. No podemos aceptar la herencia de nuestros antepasados, sino á beneficio de inventario. Nuestro primero y mas principal deber, será, pues, esponer la filosofia del siglo XVIII, reconocer su carácter y sus principios, los problemas que agitó, las soluciones que dió, en una palabra, discernir lo que nos trasmitió de verdadero y de fecundo, y lo que ha dejado de estéril y de falso, para que despues de un maduro exámen podamos con seguridad abrazar lo uno y rechazar lo otro.

Colocados frente á un siglo nuevo, es preciso que ante todo sepamos el camino que hemos de recorrer, y la bandera bajo cuyos pliegues hemos de alistarnos. ¿Por qué no hemos de decirlo? Despues de diez años de estar consagrados á la enseñanza, teneis el derecho de exigir al profesor que os diga quién es él, cuáles son sus principios generales con respeto á los puntos esenciales de las ciencias filosóficas, qué bandera entre tantos partidos enguerrados os propone que sigais, jóvenes que frecuentais estas escuelas y que estais llamados á compartir el destino, todavía tan incierto y tan oscuro del presente siglo.

No es el patriotismo, es el sentimiento profundo de la verdad y de la justicia el que ha hecho que designemos con el nombre de Cartesiana á toda la filosofia esparcida en nuestros tiempos por el mundo. Si; la filosofia moderna es obra de Descartes; él fue quien le dió el espíritu que la anima y el método que forma y constituye su fuerza y poderío.

Despues de la caída del escolasticismo y de los cambios dolorosos que experimentaron las ciencias en el

siglo XVI, el primer objeto que se propuso el atrevido génio de Descartes, fue hacer de la filosofia una ciencia humana, como la astronomía, la fisiología y la medicina, sometida á las mismas dudas y extravíos, pero capaz tambien de los mismos progresos y perfecciones.

Descartés encontró ante él el escepticismo en todas partes como una consecuencia fatal de tantos trastornos y revoluciones, de tantas hipótesis ambiciosas y atrevidas nacidas del primer uso de una libertad mal entendida y regulada, y viejas y gastadas fórmulas que habian escapado á la ruina de la escolástica. En su pasión por la verdad, resolvió rechazar (provisionalmente por lo menos) todas las ideas que habia recojido hasta entonces, sin examinarlas firmemente, decidido á no admitir mas que aquellas que, despues de un detenido y maduro exámen, le pareciesen ciertas y evidentes. Mas observó que existia una cosa que no podia en modo alguno rechazar ni tan siquiera provisionalmente en su duda universal: esta cosa era la existencia misma de su duda, es decir, de su pensamiento; pues aunque todo lo demás fuese solo una ilusión, este hecho era de todo punto imposible que lo fué. Descartes se detuvo en este hecho de una evidencia irresistible, como la primera verdad que podia aceptar sin temor (1), y sobre este sólido fundamento creó una doctrina tan cierta y sólida á la vez, como capaz de resistir al escepticismo exento de hipótesis y libre de las fórmulas escolásticas.

De esta manera, el estudio del pensamiento y del

(1) Véase *Historia de la filosofía*, lección VIII.

espíritu, es decir, la psicología, ha vuelto á ser el principio mas general, el punto de partida, el gran método de la filosofía moderna.

Sin embargo, preciso es reconocer y confesar que la filosofía no ha estado enteramente perdida, pues que despues de Descartes, y aun en Descartes mismo, recobra alguna vez sus antiguos hábitos. Raras veces el hombre que abre un nuevo camino á las ciencias, puede recorrer algun trecho de él; ordinariamente sucumbe á los piés de su propia invencion. Así Descartes, despues de haber puesto el legítimo punto de partida de toda investigacion filosófica, le olvida mas de una vez (1), y retorna al menos en la forma á la antigua filosofía. El verdadero método se olvida muy luego aun entre los mas inmediatos sucesores de Descartes, bajo la influencia siempre creciente del método matemático.

Dos periodos podemos distinguir en la era cartesiana: uno, en el cual el método, á causa de su novedad, se ve desconocido con frecuencia; otro, en el que algunos génios atrevidos se esfuerzan en encaminarle por el camino abierto por Descartes. Al primer período pertenecen Malebranche, Spinoza y aun el mismo Leibnitz, al segundo los filósofos enciclopedistas del siglo XVIII.

No hay duda alguna que Malebranche en algunos puntos avanzó demasiado en la observacion interior, y con frecuencia trasportándose á un mundo imaginario, perdió de vista el mundo real. El llega hasta poner en duda la autoridad de la conciencia, y por

(1) Véanse *Fragments de filosofía moderna*.—Primera parte.—Defensa de Descartes.

medio de la destruccion mas estraña del orden natural, en lugar de buscar á Dios por la naturaleza y sobre todo por el pensamiento, cree alcanzarlo directamente, siendo en Dios en donde ve todas las cosas (1). No es este el método que omite Spinoza. Culpa suya es haber aplicado á la filosofía el método geométrico que procede por axiomas, definiciones, teoremas y corolarios; nadie ha practicado menos que él el método psicológico, y este es el principio y tambien la condenacion de su sistema (2).

Los *Nuevos ensayos sobre el entendimiento humano*, nos muestran á Leibnitz oponiendo observacion á observacion, análisis á análisis, conclusion á conclusion, pero su génio, en lugar de avanzar en la ciencia paso á paso, predomina enteramente en ella. Ved aquí por qué los resultados á los que llega este génio eminente no son á menudo sino brillantes hipótesis, como por ejemplo la armonia preestablecida, que no es otra cosa sino el desenvolvimiento de otra hipótesis, la de las causas ocasionales de Malebranche (3). Digámoslo bien alto; no hay nada durable, sino lo que está fundado en un sano método: el tiempo borra todo lo que no está cimentado en este método; el tiempo que recoje, fecundiza y engrandece los menores gérmenes de verdad depositados en los análisis mas humildes y oscurecidos, hiere sin piedad toda clase de hipótesis, por mas que estas procedan de un génio eminente. Hace mas aun, pues derriba y trastorna los

(1) Véase *Historia de la filosofía*, leccion VIII.—*Fragments de filosofía moderna*.

(2) Véase *Historia de la filosofía*, leccion VIII.

(3) Véase *Historia de la filosofía*, leccion IX.

sistemas arbitrarios y solo quedan en pié sobre tantas ruinas las estatuas mudas de sus autores.

La tarea, pues, del que ama la verdad, se reduce con frecuencia á buscar é investigar los restos de verdades que subsisten y que pueden servir de sólidas y mas seguras construcciones.

La filosofía del siglo XVIII abre el segundo período de la era cartesiana; propónese ante todo aplicar el método encontrado y á menudo descuidado, y se aplica al análisis del pensamiento. Desengañado de las tentativas ambiciosas y estériles y desdeñando y haciendo caso omiso del pasado como lo habia verificado el mismo Descartes, el siglo XVIII, osó creer que todo estaba por rehacer en filosofía, y que para no estraviarse de nuevo, era preciso, necesario é indispensable empezar por el estudio modesto del hombre. En lugar, pues, de establecer á un mismo tiempo sistemas basados en la universalidad de las cosas, comienza á examinar lo que el hombre sabe y puede saber, aplica la filosofía entera al estudio de nuestras facultades de la misma manera que la física acababa de ser aplicada al estudio de las propiedades de los cuerpos, y esto no era mas que dar fin á la filosofía ó al menos *el principio del fin*.

Cinco grandes escuelas aparecen en el siglo XVIII. La escuela inglesa y francesa, la escuela escocesa, la escuela alemana, la escuela de Reid y la de Kant.

Imposible es desconocer el principio comun que anima á estas escuelas, la unidad de su método. Examinando con imparcialidad el método de Locke se vé que consiste en el análisis del pensamiento y por aquí podremos deducir que Locke es discípulo no ya de

Bacon ni de Hobbes sino de nuestro gran compatriota Descartes. Estudiar el entendimiento humano tal como este se manifiesta en cada uno de nosotros, reconocer sus fuerzas lo mismo que sus límites, tal es el problema que el filósofo inglés se propuso y cuya resolución ensayó. No juzgamos nosotros aquí la solución que le dió, nos limitamos á señalar cuidadosamente lo que para Locke es el problema fundamental (1).

Condillac, el discípulo francés de Locke, es un activo propagador del análisis, y el análisis es aquí ó al menos debería ser el estudio del pensamiento. Ningun filósofo, incluso el mismo Spinoza, se aparta tanto como Condillac del verdadero método experimental, ninguno se ha extraviado tanto como él en la senda de las abstracciones, lo mismo que en las abstracciones verbales, pero ¡cosa extraña! ninguno mas severo que él en el lugar de las hipótesis, salvo en la de terminar en la del hombre-estatua (2). El autor del *Tratado de las sensaciones* ha practicado el análisis de una manera muy infiel, á pesar de hablar de él sin cesar. La escuela escocesa combate á Locke y Condillac con sus propias armas, con el mismo método que ella pretende explicar mejor (3).

En Alemania, Kant quiere reponer con honor y lucidez el elemento superior del conocimiento humano, desacreditado y empequeñecido por la filosofía de su tiempo. Y para esto, ¿qué es lo que hace? emprende un profundo exámen de la facultad de conocer. Su

(1) Véase *Historia de la filosofía*, leccion VII, y filosofía de Locke, leccion IV.

(2) Véase *Historia de la filosofía*, leccion X, y *Filosofía sensualista*, lecciones II y III.

(3) Véase *Historia de la filosofía*, leccion X, y *Filosofía escocesa*.

principal obra tiene por título *Critica de la razon pura* (1) y es todavía un análisis, de suerte que en el fondo el método de Kant no es otro que el de Locke y el de Reid (2).

Siguiendo este mismo método nos encontramos á Fichte, sucesor de Kant, y muerto algunos años despues que este. En Fichte todavía el análisis del pensamiento es considerado como el fundamento de la filosofía. Kant habia establecido en el ente el conocimiento de una manera tal, que le costaba muchísimo salir de él, de suerte que en realidad jamás salió legítimamente. Fichte se sumerge tanto allí que parece como que se sepulta enteramente al absorber en el *yo humano* todas las existencias lo mismo que todas las ciencias; ¡triste naufragio del análisis que señala á la vez que el mas grande esfuerzo, el mayor escollo! (3)

Este mismo espíritu anima á todas las escuelas del siglo XVIII. Desdeña este siglo las fórmulas abstractas mostrando grande horror á las hipótesis. Pretende asirse á la observacion de los hechos, y muy especialmente al análisis del pensamiento.

Reconozcámoslo con franqueza y con dolor: el siglo XVIII ha aplicado el análisis á todas las cosas sin piedad y sin medida. Ante su tribunal ha citado y hecho comparecer todas las doctrinas y todas las ciencias: ni la metafísica que le precedió con todos sus imponentes sistemas, ni las artes con su prestigio, ni los gobiernos

(1) Segun el ilustre filósofo Balmes, la *Critica de la razon pura* no es otra cosa que la muerte de la razon.

(2) Véase *Historia de la filosofía*, leccion X, y *Filosofía de Kant*.

(3) Sobre Fichte veanse *Fragmentos de filosofía contemporánea*. *Introduccion á las obras de M. Maine de Biran*, pág. 333 y tambien *Recuerdos de Alemania*.

con su vieja autoridad, ni las religiones con su magestad, nada, nada encontró gracia ante él. Aunque entreveyó los abismos en cuyo fondo precipitó á la filosofía, arrojóse en ellos con un valor que no estaba exento de grandeza, pues la grandeza del hombre consiste mas en lo que él cree verdad que en el hombre mismo. El siglo XVIII desencadenando las tempestades hizo marchar á la humanidad sobre montes de ruinas, y al propio tiempo que proclamaba el culto de la Diosa Razon, rodaba en el cadalso la cabeza del descendiente de Carlo-Magno y San Luis.

Todavía en nuestros tiempos se agita el mundo en este estado de desórden, desórden y desolacion que habia visto ya una vez al declinar las creencias antiguas y antes del triunfo del cristianismo cuando el hombre erraba entre todos sus contrarios sin poder reposar en parte alguna entregado á todas las inquietudes del espíritu y á todas las miserias del corazon, fanático y ateo, místico é incrédulo, sanguinario y voluptuoso. Mas si la filosofía del último siglo nos ha dejado la vida por herencia, hánnos tambien dejado un amor enérgico y fecundo hácia la verdad. El siglo XVIII ha sido la edad de la critica y de las destrucciones, el siglo XIX debe ser el siglo de las rehabilitaciones inteligentes. Al siglo XIX pertenece el encontrar en un mas profundo análisis del pensamiento, los principios del porvenir y cuando le rodean ruinas por doquiera, alzar un edificio que pueda reconocer y aprobar la sana razon.

Obrero débil pero celoso, quiero contribuir con mi pobre óbolo á la grande obra de la reconstruccion social, y quiero sacar de entre las ruinas aquello que no ha perecido ni puede perecer jamás. Este curso es

á la vez que una mirada sobre lo pasado, un esfuerzo para el porvenir. No me propongo ni atacar ni defender ninguna de las tres grandes escuelas que militan en el siglo XVIII; en nada contribuiré á perpetuar ni á envenenar la guerra que las divide, señalando de un modo complaciente las diferencias que las separan, sin tener cuenta de la comunidad de método que las une. Como soldado consagrado al estudio de las ciencias filosóficas y amigo comun de todas las escuelas que ha producido, á todas ofrezco palabras de paz.

La unidad de la filosofía moderna reside, como ya antes hemos dicho, en su método; es decir, en el análisis del pensamiento, método superior á sus propios resultados, pues contiene en sí el modo de reparar los errores que se le escapan, y el de añadir indefinidamente nuevas y preciadas riquezas á las ya anteriormente adquiridas. Las ciencias físicas en sí mismas no tienen otra unidad. Los grandes físicos que han aparecido de dos siglos á esta parte, aunque unidos entre sí por el mismo punto de partida ó por el mismo fin públicamente aceptado, no han marchado con menos independencia por vias enteramente opuestas. El tiempo ha recogido de sus distintas teorías la parte de verdad á cuyo impulso han brotado y sido sostenidas, al mismo tiempo que ha descuidado los errores aquellos á que no se han podido sustraer dichas verdades, y enlazando unas y otras á los descubrimientos dignos de este nombre, ha ido formando poco á poco un vasto y armonioso conjunto. La filosofía moderna se ha enriquecido de dos siglos á esta parte con una porcion de observaciones exactas y de teorías sólidas y profundas debiéndolo todo al comun método. ¿Qué es lo

que este le ha señalado para que marche con un paso igual al de las ciencias físicas cuya hermana es? ¿El le ha señalado el modo de comprender mejor sus intereses, de tolerar inevitables diversidades, útiles á sí misma y enseñar á aprovecharse de las verdades que contienen todas las doctrinas particulares, para de aquí sacar una doctrina general, doctrina que se purifica y engrandece sucesiva y perpétuamente.

Ciertamente que no aconsejo yo este sincretismo (1) ciego que perdió á la escuela de Alejandría y que ensayaba reconciliar y unir fuertemente sistemas enteramente diversos y contrarios; nada de esto, lo que yo encarecidamente recomiendo, es un eclecticismo erudito y docto, que juzgando imparcialmente y con benevolencia las escuelas todas, toma lo que contienen cada una de verdadero y cierto y desprecia y rechaza lo que tienen de falso.

Ya que el espíritu de partido nos ha cegado y engañado tanto hasta el presente, ensayemos el espíritu de conciliacion. El pensamiento humano es inmenso. Cada escuela no lo ha considerado bajo su verdadero punto de vista. Este punto de vista no es falso, pero es incompleto, y á mas es esclusivo. No espresa la verdad mas que por un lado, y rechaza todo lo demás. No se turba hoy al reconstruir la obra de nuestros antecesores y al perfeccionar, reuniendo y fortificando por esta union todas las verdades esparcidas en los diferentes sistemas que nos trasmitió el siglo XVIII.

Tal es el principio al que nos han ido conduciendo dos años de estudio sobre la filosofía moderna desde Descartes hasta nuestros dias. Este principio mal de-

(1) Conciliacion de diferentes sectas.

(N. DEL T.)

semeñado luego, y aplicado por vez primera en muy estrechos limites, le hemos ido estendiendo á mas gran número de cuestiones y de teorías (1) y al propio tiempo que seguimos las huellas de nuestro ilustre predecesor M. Royer-Collard sobre las escuelas de Francia, Inglaterra y Escocia, hemos comenzado un estudio nuevo para nosotros, el estudio difícil pero interesante y fecundo de la filosofía de Kant (2). Podemos pues hoy abrazar todas las escuelas del siglo XVIII y todos los problemas que las mismas agitaron.

La filosofía en todos tiempos estriba en las tres ideas fundamentales de lo Verdadero lo Bello y lo Bueno. La idea de lo Verdadero, filosóficamente desenvuelta es la psicología, la lógica y la metafísica; la idea de lo Bueno es la moral pública y privada; la idea de lo Bello es la ciencia que en Alemania han llamado estética, cuyos principios acatan la crítica literaria y la crítica de las artes, pero cuyos principios generales han ocupado siempre un lugar mas ó menos considerable en las investigaciones y enseñanzas de todos los filósofos desde Aristóteles y Platon hasta Hntcheson y Kant.

Sobre estos puntos esenciales que componen y forman el dominio entero de la filosofía, interrogaremos sucesivamente las principales escuelas del siglo XVIII.

Despues de examinar con atencion todas estas escuelas, fácilmente podemos considerarlas divididas en dos grupos principales, la una que, en el análisis del

(1) Véase *Primeros Ensayos*, discurso de apertura del año 1817.

(2) Hemos suprimido despues estas lecciones muy imperfectas y remitimos al lector á nuestras lecciones de 1820: *Filosofía de Kant*.

pensamiento asunto comun de todos los trabajos, dá á la sensibilidad una parte demasiado escesiva; la otra que en este mismo análisis se dirige al extremo opuesto, y deduce el conocimiento casi entero de una facultad diferente de la sensibilidad, la razon.

La primera de estas escuelas es la escuela empirica, cuyo padre, ó mejor, cuyo representante mas sábio es Locke, y Condillac su representante extremo. La segunda es la escuela espiritualista ó como quiera llamársela, que cuenta en su seno ilustres intérpretes, Reid el mas irrepachable, Kant el mas sistemático.

Ciertamente que hay algo de verdad en estas dos escuelas, y la verdad es un bien tal, que es preciso tomar donde quiera que se la encuentre. Nosotros admitimos voluntariamente con la escuela empirica, que los sentidos no nos han sido dados en vano, que esta admirable organizacion que nos eleva sobre todos los seres animados, es un instrumento rico y variado cuya negacion seria locura insensata. Estamos convencidos que el espectáculo del mundo es un foco constante y permanente de instruccion sana y sublime. Sobre este punto ni Aristóteles ni Bacon ni Locke nos tendrán por adversario y sí por discípulo. Confesamos ó mejor proclamamos muy alto que en el análisis del conocimiento humano, es necesario conceder á los sentidos un grande é importantísimo lugar. Pero cuando la escuela empirica pretende que todo lo que está á su alcance no es mas que una quimera, entonces la abandonamos y vamos á unirnos á la escuela opuesta.

Nosotros hacemos profesion de creer, por ejemplo, que sin una impresion agradable jamás hubiéramos conocido lo bello, y que por tanto lo bello no es solamente lo agradable. Creemos tambien que el placer ó

al menos la dicha va unido á la virtud, pero que la idea misma de la virtud es esencialmente diferente de la de dicha. Aquí somos abiertamente del parecer de Reid y del dictámen de Kant.

Hemos establecido antes y establecemos ahora que el espíritu humano está en posesión de principios que preceden á la sensación, principios que esta no es capaz de explicar y que nos son directamente sugeridos por el propio poder de la razón. Hasta aquí seguimos á Kant, pero ya no mas adelante. Lejos de seguirle le combatimos, cuando despues de haber defendido victoriosamente contra el empirismo los grandes principios en todos géneros, les tacha de estériles, pretendiendo que no tienen valor alguno sobre la razón que les percibe, condenando tambien á la impotencia á esta misma razón que tan alto acaba de elevar y abriendo paso á un escepticismo refinado y docto, que viene á caer en el mismo abismo que el escepticismo ordinario.

En el curso de estas lecciones nos vereis sucesivamente identificados con Locke, con Reid y con Kant hasta la justa y sana medida á que se ha dado el nombre de *eclecticismo*.

El eclecticismo es, á nuestro modo de ver, el verdadero método histórico; él es el que para nosotros tiene toda la importancia de la historia de la filosofía; pero á mas de esto, tiene alguna otra cosa que nosotros colocamos muy por encima de la historia de la filosofía, es, á saber: la filosofía misma.

La historia de la filosofía no lleva consigo su claridad, y nunca es su propio blanco.

Es justo, sin duda alguna, al mismo tiempo que de la mas alta utilidad, saber discernir bien en cada

sistema lo que tiene de verdadero con lo que tiene de falso, y luego, para apreciar bien dicho sistema, saber rechazar lo falso y recojer lo verdadero, para de este modo enriquecer y engrandecer la filosofía por medio de la historia. Mas para esto es necesario é indispensable saber ya lo que es la verdad para reconocerla y distinguirla del error con el que está confundida, de donde se sigue que la crítica de los sistemas exige casi un sistema, y la historia de la filosofía no debe tomar prestada á la filosofía la luz aunque algun dia la deba volver con usura. (1).

En una palabra, la historia de la filosofía no es sino una *rama*, ó mejor un instrumento de las ciencias filosóficas. El interés que llevamos á la filosofía y que nos atrae á su historia, es el amor á la verdad, y este mismo amor es el que hace que inquiramos las huellas de su paso y que interroguemos con apasionada curiosidad lo que amaron antes que nosotros cuantos buscaron la verdad.

De esta manera, la filosofía es á la vez el objeto último de la historia de la filosofía, y á este titulo debe presidir nuestra enseñanza.

Considerando esto, oid ahora estas frases.

El que toma hoy la palabra ante vosotros, solo está encargado del curso de la historia de la filosofía; allí están nuestros trabajos, cuya guia será el eclecticismo. Pero nosotros lo confesamos aquí: si la filosofía no tiene derecho á presentarse en este sitio, si ella no aparece en este lugar, sino velada

(1) Sobre el empleo legitimo y las condiciones imperiosas del eclecticismo; véase *Fragments de philosophie contemporaine*, prólogo de la primera edición, y sobre todo el artículo titulado «De la filosofía en Bélgica», pág. 278.

por su historia, ella predomina realmente y se lleva nuestros votos y nuestros esfuerzos. No hay duda alguna que tenemos en muy grande estima á Brucker y á Tenneman, tan sábios como juiciosos, (1), sin embargo, nuestros modelos, nuestros verdaderos maestros son Platon y Sócrates en la antigüedad, Descartes entre los modernos, y no titubeamos en decirlo, está entre nosotros y es de nuestro tiempo el hombre ilustre que nos ha llamado á este puesto. M. Royard-Collard no era solo un profesor de la historia de la filosofía, pretendia tener una opinion en esta, y servia á una causa que nos ha trasmitido y que nosotros serviremos á nuestra vez.

Esta gran causa os es ya conocida: es la de una filosofía tan sólida como generosa, digna de nuestro siglo, por la severidad de sus métodos y que responde á los inmortales deseos de la humanidad. Partiendo modestamente de la psicología, del humilde estudio del espíritu humano, llegaremos á las mas altas regiones, y en ellas recorreremos la metafísica, la estética, la theodicea, la moral y la política.

Nuestra esperanza no es solamente el renovar la historia de la filosofía por medio del eclecticismo; queremos ante todo que la historia bien entendida, gracias á los ausilios que le presta el eclecticismo, pueda servirnos poderosamente para hacer salir del estudio de los sistemas, de sus luchas, de sus mismas ruinas, un sistema que sea la prueba de la crítica y que pueda ser aceptado por vuestra razon y

(1) Sobre Brucker y Tenneman, sus méritos y sus defectos; véase la obra *Introduccion á la historia de la filosofía*, leccion XII.

tambien por vuestro sentimiento, ¡noble juventud del siglo XIX!

Para cumplir este grande objeto, que es nuestra verdadera mision, osaré este año por primera y última vez traspasar los límites que ordinariamente se nos imponen. Hemos resuelto prescindir un poco de la historia de la filosofía para ocuparnos de la filosofía en sí misma, y presentando ante vosotros los rasgos distintos de las principales teorías y doctrinas mas notables del siglo que nos precedió, es- poner aquello que nos parezca conveniente á las necesidades y al espíritu de nuestro tiempo y tratando tambien brevemente, pero en toda su estension, en lugar de insistir sobre alguna de sus partes, las doctrinas que hemos sentado hasta aqui. A medida que trascurren los años nos iremos corrigiendo poco á poco, tratando entonces de engrandecer y elevar mas y mas nuestra obra. Hoy os la presentamos bien imperfecta por cierto, pero establecida sobre fundamentos que creemos sólidos y que dejan ya marcado un carácter que no cambiará muy fácilmente.

Aqui vereis, pues, reunidos en unos cuantos capítulos nuestros principios, nuestros procedimientos, nuestros resultados. Abiertamente deseamos persuadirlos y convencerlos, jóvenes, que sois á la vez la esperanza de la ciencia y de la patria. ¡Plegue á Dios que en el vasto camino que vamos á correr encuentre en vosotros la misma benevolencia que he hallado hasta el presente!